

## CAPÍTULO VIII

Historia de Pepe el Diablo. — Bofetón sin mano. — D<sup>a</sup> Rufina.  
— La loca. — El clavel. — Jugar por tabla.

Excusado me parece, hermano, contarte nada de primeros años de infancia; pues como hijo único de un pobre ranchero, que por la independencia de su patria sacrificó sus intereses, y cuando volvió al seno de su familia se estableció de nuevo á ver si lograba, en fuerza de su continuo trabajo, buscar su suerte: casó con una pobre como él, y nunca pudo conseguir más de ir viviendo medianamente; por lo que así fué también mi educación, que se redujo á medio leer, escribir y hacer algunas cuentas; mas sin embargo de sus cortas proporciones, se empeñó, á costa de grandes sacrificios, en meterme al colegio. Estuve cerca de tres años en el Instituto literario de Toluca, en donde á fuerza de fuerzas aprendí á masticar la Gramática. A causa del fallecimiento de mi señora madre, que costó también grandes sacrificios á mi padre, gastó cuanto tuvo y aun se empeñó por medicarla y asistirle bien en su larga enfermedad, ya no hubo recursos con que poder volverme á poner en el colegio, agregándose á esto que yo ya tenía catorce años, y más me gustaba andar á caballo y trabajar en el campo, que continuar los estudios, lo cual se lo dije francamente y accedió á tenerme á su lado, acompañándolo á desempeñar el destino de mayordomo de dos hatajos de mulas de las haciendas de Caspi y Caro, que tenía á su cargo y andaban en el camino real.

En uno de tantos viajes como echamos á México, conduciendo trigos para los molinos, nos embargaron y fuimos á dar hasta Veracruz. Con lo que pudo mi padre cobrar de fletes y otros que tuvimos de regreso se presentó al patrón, quien no queriendo continuar con esa empresa, convino en dejársela á

mi padre y recibir su dinero en varios plazos. Se proporcionó volver al puerto con la conducta, conseguir cargamento; y en dos años que tuvimos regulares, quedaron los dos hatajos con ochenta y cuatro mulas sólo nuestras, y poco á poco íbamos mejorándolas. Comenzaron á establecerse los carros, las revoluciones á multiplicarse, y la arriería vino á dar á tierra. Para no estar de ociosos en el tiempo de la mala estación en el puerto, tomábamos carga en las villas conduciendo tabaco del estanco, y desde entonces conozco el ramo.

En una de tantas revueltas fuimos embargados por el general Mejía, que estaba pronunciado contra el general Santa Anna, y se dieron los contendientes una buena agarrada en Acajete, en donde pereció el primero después de haber casi triunfado del segundo. Nosotros llevábamos cargado parque y municiones, y en dos por tres nos desperdigaron las mulas: á cada paso venían ayudantes, uno arrea con diez ó doce mulas para un punto, otro para otro con otras tantas, haciendo andar listos á los arrieros á cintarazos, y al trote cargaban con lo que podían. La cosa cada rato era más comprometida, las balas silbaban en todas direcciones, y todo era confusión, grita, carreras: se mezclaron los contendientes, y tanto unos como otros peleaban desesperados, envueltos en una nube de humo, sin escuchar las voces de sus jefes ni el sonido de los clarines: parecía aquello el día del juicio. Nosotros, azorados y metidos en aquel torbellino, corríamos á la ventura en solicitud de nuestras mulas, temiendo á cada instante recibir alguna del diluvio de balas que nos aturdirían: en vano nos expusimos demasiado; los arrieros, asustados, las abandonaron, otros perecieron, y por fin, no tuvimos más recurso que ver cómo escapábamos el pellejo, huyendo y ocultándonos prontamente por aquellas barrancas, sin más que dos mulas que pudimos lazar entre toda aquella tormenta: al trastumbar una lomita una bala de cañón mató á la mula que mi padre montaba; le dí la mía, le eché un brinco á una de las aparejadas, y con el Jesús en la boca, á todo riesgo nos apartamos, yendo á parar hasta Huamantla, á donde llegamos ya muy noche. Por más que hice porque volviéramos á ver si algo rescatábamos, no quiso mi padre acceder, sino hasta el tercer día en que, después de andar por todas aquellas lomas, cubiertas

aún de cadáveres que estaban recogiendo, había más de cincuenta de nuestras mulas aventadas, y ni quien diera razón del resto, conformándonos con sólo recoger dos heridas que estaban revueltas entre las pocas que quedaron de los trenes de artillería y volvernos al pueblo. De allí salimos á los cuatro días con tres tercios de tabaco que generosamente nos fió un cosechero, juntándonos con otros chinchorreros que comerciaban con la Rama; y ahí tienes mi primer paso de contrabandista de ese ramo. A los cuatro ó cinco viajes, no le fué ya posible á mi padre seguir esa penosísima carrera y solicitó un acomodo, logrando colocarse de caudillo en la hacienda de... del Departamento de Querétaro. Mientras que su merced quedó encargado de aquellas estancias, yo, que contaba veinticuatro años, seguí en la empresa con seis mulas regulares haciendo de amo y criado, sin más compañero que este *Chango* que viene con nosotros, es desertor, y por su cara tan rara y chocante todos le llamaban así y él entiende con ese nombre: no tiene familia, me ha salido fiel, es muy hombre de bien y atrevido. Así iba yo poco á poco progresando, con el empeño de ver cómo conseguía quitar á mi padre de servir, volteando cosa de seiscientos pesos que tenía de puntero: ya había comprado tres excelentes caballos y me presentaba á las gentes siempre muy lujoso, manteniendo en buen estado las antiguas y muchas relaciones que tenía por aquellos contornos mi señor padre, y otras más nuevas con mis marchantes.

En una de tantas veces en que estaba yo en la habitación de mi padre, un rancho bastante distante de la hacienda en el centro de las Estancias, recibió orden de echar una recogida y tener listos cincuenta toros para un coleadero; pues estando próximo el cumpleaños de la dueña de la hacienda, había dispuesto el amo grande ir á pasarlo allí con toda la familia y hacer clásica la celebración. Como joven y afecto á las travesuras, me alboroté y suspendí mi viaje para no perderlas.

Como siempre me iba con mis mulas hasta el rancho, pocas veces bajaba á la hacienda; sólo tenía una mediana relación con el administrador y su familia, y ningún conocimiento con el amo grande que habitaba en la ciudad, en donde tenía comercio y otras fincas. Anduve con mi padre y los vaqueros

echando las recogidas, poniendo mis caballos descargados y listos, ansiando porque cuanto antes llegara el día 12 de Agosto, en que de muchos años atrás se acostumbraba celebrar en la hacienda el día de Santa Clara. Llegó por fin el día tan deseado, casi ni dormí de inquietud; pues desde la víspera dispuse todos mis avíos, la mejor ropita, y la noche me pareció eterna. Desde bien temprano nos dirigimos, arriando aquella punta de ganado, con mucho cuidado para que llegaran frescos; y mientras mi padre con los vaqueros se fueron á encerrarlo al corral, yo me dirigí solo para el despacho á saludar al administrador: no estaba éste allí, pero me salió al encuentro un viejo gestudo, muy mal encarado, trigueno, panzón, vestido con pantalón de paño, chaleco de terciopelo morado, chaqueta blanca de lienzo, sombrero fino de vicuña amarillo y una montera verde de seda en la cabeza. Correspondió á mi saludo, suponiéndose que yo era alguno de tantos convidados á la función, me instó para que me apeara, mandó meter mi caballo y me obligó á que tomara asiento en el despacho, recibiendo con gusto un puro que le ofrecí, al que paladeaba continuamente haciendo mil elogios de su buena calidad, renegando de los malísimos del estanco, platicando de mil cosas indiferentes con mucha jovialidad; entró el administrador, y saludándome con confianza, me dijo al darme la mano: Qué gusto, D. Pepe, que es vd. de los nuestros, yo ya lo hacía muy lejos. — Ya me ve vd. aquí, Sr. D. Luciano, contesté, supe de esta diversioncita y suspendí mi viaje. — ¿Y qué tal vamos de negocio? — Así así, amigote, el tiempo no ayuda y cada día la cosa se pone fea. — Ahora veremos lucir esa percha de buenos caballos, ¿y cuántos ha traído para divertirse? — No tengo más que tres, y pocas han de ser tres docenas de cuartas para acabárselas, son unos pobres cacomiztles que no podrán competir con los que vengan, me conformaré con sólo estirar las cansaditas: sigan vds. platicando, que voy en un instante á poner una cartita. Y se puso á escribir en el extremo de la pieza.

Cuando estaba el amo grande haciendo mil alabanzas del puro que le di, entró mi padre con su sombrero en una mano y sus espuelas en la otra, diciendo: Tenga su merced muy buenos días, señor amo. El tal amo le dió la espalda y no se dignó contes-

tarle, sino que como molesto de verlo alliparado, sólo le dijo al tiempo de despedir una bocanada de humo, con el tono más despreciativo: — ¿Qué hay? — Ya está en el corral el ganado que se me mandó bajar. — ¡Bueno, bueno! le contestó acabándole de dar la espalda y haciéndole seña con la mano para que se largara. Con licencia de su merced, dijo mi padre, y muy abochornado se salió para fuera, mientras que el tal amo no se dignó ni siquiera dirigirle la vista, sino que con enfado exclamó: ¡Qué gente tan necia, principalmente este viejo chocante! — D. Luciano le interrumpió, dándole á leer la carta que había acabado de escribir; y yo, con pretexto de aflojar la silla á mi caballo salí para el patio, con ánimo de no volver á atravesar palabra con semejante hombre, que desde que lo vi me infundió odio: mientras alegraba la silla, escuché el diálogo siguiente: — ¡Qué joven este tan simpático! dijo el amo; se conoce que tiene buenos principios, se viste bien, ensilla bonitos caballos y fuma magníficos puros. — Sí, señor, respondió D. Luciano: el muchacho es trabajador, y como no es vicioso, le lucé lo que gana. — ¿Qué es mucho su capital? — No, señor, seis ó siete mulas y cuatrocientos ó quinientos pesos que trae en revoloteo; como su padre trabaja también por otro lado, no le es gravoso y va poco á poco haciendo su suerte, aunque á costa de mil peligros. — ¿Pues en qué se ocupa? — Está comerciando en la Rama, va á Huamantla á cargar tabaco y... — Ya no quiero saber más, es un ladrón: con razón dijo hace poco, que no se hacía gran cosa, que el negocio cada día se ponía más feo; pues sí ahora no se juega, el general Santa-Anna ha dado una ley para colgar en cualquiera parte á todos esos bandidos y perseguirlos sin tregua: ya no me espanto de que fume buenos puros. ¡Puf! ¡Yo no sé para qué le recibí éste que apesta á demonios! ¡Quién sabe á qué infeliz se lo quitaría! y lo arrojó de sí. ¡Con razón ensilla buenos caballos y anda tan planchado! — Está vd. en un error, señor, este joven no es salteador, sino únicamente contrabandista. — ¡Qué me quiere vd. decir, D. Luciano, si conozco bien á todos estos pillos! Eso del contrabando, es la capa con que se cubren, pero todos son lobos de una misma manada: contrabandista es sinónimo de ladrón; pero ¿quién lo ha convidado? ¿Qué mano que

en un descuido se nos meten aquí quince ó veinte de su cuadrilla y nos dejan hasta sin camisa? — Deseche vd. su temor, lo conozco demasiado, es hombre de bien, es hijo de tío Casimiro, el caudillo de las Estancias, ese que no hace mucho que vino á avisar del ganado. — Pues eso está peor, D. Luciano, el día menos pensado anohecen aquí los animales de la hacienda, y van á amanecer á Huamantla, nos echan una recogida, y ojos que te vieron ir. — Todo lo contrario, señor, los contrabandistas como éste son el azote de los macutenos; yo creo que esa circunstancia ha contribuido mucho para que no se siguieran aquí extraviando más animales: les habrá mandado ese muchacho que echen su gato á retozar por otro lado, para que no comprometan á su padre, y eso nos ha servido de mucho; tanto, que este año no sólo tengo agostando á las manadas mansas, sino que mandé subir las emburradas y hasta mis caballos de silla. — Sin embargo de todo eso, yo no transijo con esa canalla; el viejo ése será un hipocritón de marca, que oculta allá en su rancho los robos de esa pandilla: será su tapadera, y no en balde me repugna su presencia. Procure vd. cuanto antes despedirlo; pues mientras eso no sea, no he de tener tranquilidad: no quiero que mi casa sea abrigadero de bandidos, ni que nos custodie semejante polilla. ¡Vaya con el D. Pepito tan descarado, que se nos viene ahí presentando hecho un condesito, dándose tono con sus buenos puros! ¡Ojalá viera yo á todos estos gandules colgados del pino más elevado! y... Les interrumpió su diálogo una porción de convidados que llegaron en ese momento.

Yo estaba hecho una ascua oyendo mis ausencias y el vil concepto que ese miserable se formó de mí, desde que supo que era contrabandista de la Rama. La sangre se me subió á la cabeza, lleno de cólera apreté los puños, pensé meterme y darle á aquel hombre una punta de zoquetazos; pero más creció mi furor, cuando se refirió á mi padre: maquinalmente encogí la pierna, aflojé el puñal que llevaba en la bota, y ciego me iba á precipitar sobre él, á darle de puñaladas, cuando cortaron su diálogo los convidados que llegaron, y á ese tiempo también salían por la puerta del jardín la esposa de D. Luciano, con una porción de niñas cargadas de flores: ella se me interpuso, diciendo: —

¿Qué milagro, D. Pepe, á qué santo le encendemos la vela? — ¿Qué hace vd., D<sup>a</sup> Guadalupe? le contesté, sintiendo mi frente bañada de sudor y queriendo disimular mi cólera. — El cielo nos lo ha traído, ande, venga á ayudarnos á componer la mesa, vd. que es hombre de gusto. — Yo no sé de esas cosas, señora, soy un topo para... — No, no, ande por vida suya, y me tomó de un brazo; otras chiquillas se me agruparon. Y casi á fuerza me metieron para adentro, sin poderme resistir á su empeño. Conforme nos pusimos á formar ramilletes é ir colocando con simetría los platos, botellas y demás cosas, me fui serenando; y después de mil pensamientos, me ocurrió al fin tomar desquite de la manera más célebre que jamás hubiera imaginado, y fué, vengarme á mi sabor á lo decente, es decir, que con hechos y por boca ajena solito se convenciera el dicho amo de que estaba en un error, que desvaneciera el vil concepto que se había supuesto de nosotros; y que aunque mi padre estaba de caudillo en su casa y lo veía vestido de cuero, era un hombre honrado, y yo, en mi tanto, un caballero, no un bandido, á pesar de ser contrabandista de la Rama: tomada así mi resolución, me propuse aparecer como de casa procurando hacerme el necesario. Cuando estuvo todo listo, D<sup>a</sup> Guadalupe se fué á avisar á las señoras que estaban en la sala, y yo partí para el despacho á dar parte á los señores. Salí sin sombrero, con las mangas de la chaqueta arremangadas, luciendo mis finos puños de camisa y como por descuido un tirabuzón en la mano, diciendo: Señores, ya está lista la mesa, se enfría el almuerzo. Al verme entrar, de improviso se pararon todos, los más eran nuestros amigos y conocidos; por lo que sorprendidos, me acogieron benigneamente, unos abrazándome, otros dándome cordialmente la mano, y todos celebrando encontrarme allí, porque se suponían que yo estaba en viaje. Como los principales me manifestaron tanto aprecio, comenzó desde luego á surtir buen efecto mi venganza: el amo me miraba como dudoso y contestando por mí á las preguntas de que, ¿por qué casualidad suspendí mi viaje? dijo: Es de casa y yo le estimo mucho que no nos haya abandonado, No hablabas así hace un rato, miserable, decía yo para mí; y dirigiéndome á él, continué: Como supe, señor, que vd. venía, preferí perder unos cuantos

días de trabajo, por gozar la satisfacción de estar en su apreciable compañía, basta que mi señor padre sea su dependiente y vea el singular aprecio con que lo trata, para que eso me obligue á vivirle agradecido. Recalqué mis palabras con tal veneno, que si no fué un bestia debió conocer que había escuchado su conversación con D. Luciano y hablaba con ironía: disimuló el pullazo y solamente se mordía los labios, cambiando con el administrador una mirada, que ellos le daban distinto significado. En esto llegó el subprefecto y juez de letras que, encontrándose con mi padre en el portal de afuera, se entretuvieron platicando con mucha cordialidad: el amo lo advirtió y volvió á morderse los labios, mientras D. Luciano sonreía, como dándole á entender: ¿No te decía que eran vanas tus sospechas? También me trataron muy bien; por fin seguí instando para ir á la mesa, y ya que iban á entrar, volví la cabeza y le grité á mi padre, que estaba en el portal recargado en un pilar: — ¡Señor padre, venga su merced á almorzar! — Vayan vds., me contestó; vayan, porque espero... — ¡Qué espero, ni qué espero! repetí, saliéndome para fuera y dejando á todos parados. — Ande su merced, que los señores aguardan. — Anda, véte, hombre, yo iré después á la cocina con los vaqueros. — ¡Qué cocina ni qué vaqueros, señor, si vd. no es menos que ninguno, es el caudillo, es el segundo administrador! — No muelas, me dijo con tono de enojo; véte, déjame en paz. Entonces, mirando que en vano sería porfiar, me metí para el despacho, y tocándole el hombro al amo, le dije delante de todos: Señor, si vd. no llama á mi señor padre á almorzar, no viene; tiene un genio muy corto, y estamos perdiendo el tiempo.

El amo, á revienta cinchas, se arrimó á la puerta y dijo fingiendo amabilidad: Venga á almorzar con nosotros, tío Casimiro, no desprecie nuestra compañía ni sea tan uraño. No contestó mi padre una palabra, sino que muy humilde se fué metiendo tras él: entonces acabé yo de paladear mi venganza; pues, como en tono de amistosa reconvencción, le dije: — ¿Qué le ha sucedido, padre mío? ¿á qué viene esa cortedad? Aquí hay más de cuatro personas que lo conocen, y no de ayer acá, saben que ha tenido sus proporciones, que ha figurado entre la

gente decente; que aunque ahora lo ven sirviendo no por eso deja de ser quien es; sobre todo, que debajo de esa chamarra de gamuza, palpita un corazón honrado, de un verdadero hombre de bien, ¿digo bien, señores? ¿es esta una verdad? — ¡Cabal! respondió el subprefecto. — Es muy cierto, dijo el señor cura. — Eso se llama hablar en su lugar, expresó el juez de letras. — Bien dicho, exclamó uno de los más ricachos.

El amo se hacía como culebra, y no faltó quien dijera: Ya había extrañado, Sr. López, que no estuviera vd. en rueda. — ¿Cuántos años hace que nos conocemos, le preguntó el subprefecto, amigo D. Casimiro? — Ya hace algún tiempo, Sr. Manuelito, respondió. — Algunos pesos le costó la insurrección, ¿no, amigo López? prosiguió diciendo el cura. — Poca cosa, señor, replicó mi padre; como unos treinta mil pesos en reales; dos haciendas que me quemaron; la mayor parte de mis parientes fusilados; otros perseguidos; alguna sangre de mis venas; y lo que es más, tener que servir en casa ajena, para no estar de ocioso, en los últimos años de mi vida. — ¡Cabal! eso es muy cierto, siguió diciendo otro; parece que lo estoy viendo cuando nos agregaron á los Fieles del Potosí, ¡qué bien le asentaban las charreteras de capitán; qué cuacos montaba tan de primera; qué muchachos tan valientes había en ese cuerpo, parecíamos perros como lo seguíamos cuando se arriaba el sombrero, empuñaba su lanza y nos mandaba dar la carga! A cual más se empeñaba en ser el primero en repartir lanzazos, echarles á los expedicionarios una lazada al cuello y arrastrarlos hasta donde no pasaban; entonces se vió lo bueno, señores, que lo diga el Sr. López, no había más trincheras que los pechos de los contendientes.

— Vamos á almorzar, señores, que las señoritas nos esperan, dije yo interrumpiendo la conversación, que para mi objeto principal surtió todos los efectos que me propuse: nos dirigimos para el comedor, coloqué á todos en sus lugares y comencé á servir platos: hasta entonces conocí á la esposa del amo, que por mil motivos se singularizaba: era una cotorra de más de cuarenta y cinco años, muy alta y tan flaca que parecía encanijada, de color abronzado, con el cutis tan pañoso, que cualquiera diría que estaba sombreada con humo de ocote: lucía

sobre manera una hermosa dentadura; y digo hermosa, porque cuatro grandes paletas, y dos desmesurados colmillos muy sarrosos color de almendra, le impedían juntar dos grandes cuanto carnosos labios amoratados y parecía que ya mero se le salían: en un tiempo tuvo bozo bastante obscuro, pero en la actualidad me pareció un pellejo de chicharrón mal chamuscado, notándose unos cuantos bigotes entrecanos; su nariz robusta y larga era verdaderamente apericada, el color de sus ojos medio verdosos; continuamente cerraba los párpados papujados, porque decía que era miope ó se acercaba un anteojo más grande que un peso, montado con varillas y pie de plata que traía colgado al cuello con una cadena de acero de grandes eslabones; las cejas desde á media legua se advertía que se las tiznaba; apenas tenía dos dedos de frente, y la cabeza untada de cierto plaste, que me pareció sebo de carretón; con las pocas mechitas de su pelo se hacía cerca de las orejas un par de caracoles que detenían dos peinetas con sus varillitas de metal; y tanto éstas, como la peineta de tres potencias que llevaba en el chongo, que parecía colita de puerco, quedaban bien afianzadas con una ancha cinta de terciopelo que acababa de cubrir su calvicie, teniendo pendientes de sus amoratadas y grandes orejas unos aretes chinoscos de más de cuatro dedos: en el cuello ostentaba una gran pelota de carne que llaman vicio, y la adornaba con dos hilos de perlas de gran valor, lo mismo que los dedos largos y descarnados cuajados de buenos cintillos; vestía un traje de seda verde con multitud de enaguas debajo, mangas abultadas con grandes armazones de género encolado como faroles y una pañoleta blanca de punto; calzaba zapatos de raso blanco y medias de patente que coloreaban mucho: todo era en esa mujer exagerado. Presumía de ilustrada, bachillera, delicada y haciendo mil contorsiones, afectaba una coquetería y maneras tan repugnantes, que fastidiaba desde el instante de verla: toda se volvía aspavientos, de todo se le resentían los nervios luego luego: daba sobre todo su opinión sin preguntarle, y como la señora de la casa, quería ser la única que llamara la atención. Me he detenido á hacerte esta descripción, porque esa maldita chicharra fué la causa de la irremediable

desgracia que lamento, y me amargaré la vida hasta la muerte.

Conque, volviendo á mi relato, me dediqué á poner platos, servir y obsequiar á todos, hasta el grado de hacerme no sólo el necesario, sino el alma de aquel festín; pues si yo no animaba y armaba bulla con brindis obligando á los demás á imitarme, nadie se alentaba y al instante todos entraban en muda: tomé copas y me puse á ofrecer vino á las señoras, comenzando por la aborrecible arpía, quien se hizo del rogar haciéndome mil visajes, hasta que al fin probó tantito, dándome las gracias hasta con los ojos: seguí obsequiando á las demás mirándolas con atención; había ocho ó diez de buenos bigotes, muy jóvenes, bonitas y rozagantes, singularizándose entre todas ellas otra de más de veinte años, muy delgada, descolorida y enfermiza, que aunque aseada, estaba de enaguas viejas, rebozo lo mismo, comía poco, nadie la atendía, sino que haciendo el más despreciable papel, era el contraste de la elegancia de la vieja y el charlar de las muchachas, quienes no perdían momento de dirigir á aquella pobre mil chanzas pesadas y algunas groserías, que ella parecía que no entendía y sufría resignada sin hablar una palabra: como á una de tantas le ofrecí el vino, ella tomó la copa y la puso á un lado de su plato mirando como llena de temor á D<sup>a</sup> Rufina, este era el nombre de aquella furia del infierno. Esta, al notar que le ofrecí el vino, hizo un gesto de disgusto y se le ennegreció el rostro de cólera. Todo lo advertí yo, y sin darme por entendido, proseguí en mi tarea; mi asiento estaba enfrente del de aquella mujer tan distraída, y no sé qué secreto impulso me obligaba á estar en ella fijando mi atención: conforme la fuí mirando despacio y comparando una por una sus facciones, fuí advirtiendo en todas ellas una inmensa ventaja sobre las demás, y resaltaba á mis ojos cual una blanca azucena entre un manojo de encarnadas amapolas: era un conjunto de perfecciones, y su pálido semblante, fino cutis, nariz afilada, delgados labios, blanca dentadura, ojos pardos muy apacibles, bien marcada ceja, ancha frente y pelo güero muy fino y abundante, me hechizaban. Sentía nacer en mi corazón una simpatía, que por instantes se fué haciendo una pasión que me

encantaba, no cesando de verla y contemplarla extasiado, con el pensamiento ocupado sólo en ella; tanto la miré y con tal fuego, que conseguí que me entendiera; porque después de haberme visto ella con demasiado interés, bajó los ojos apaciblemente, como dándome á entender que me agradecía la preferencia, y que entendía lo que por mí pasaba. Eso me satisfizo de tal manera, que procuré tener más disimulo, y conseguí que ninguno nos advirtiera: volví después á obsequiar á D<sup>a</sup> Rufina, y mientras la entretenía, mi adorada descolorida de un sorbo apuró el vino que le dejé antes: esto me hizo advertir que había misterio y á toda costa quería descubrirlo. Al estar poniendo platos con mole le hice seña, consultándole si le agradaba aquella ración, me contestó que sí con los párpados; la aparté y á su vez la puse bien acondicionada en el plato que le correspondía; comenzó á tomarlo muy contenta y con bastante apetencia, pero cuando estaba más entretenida, una de aquellas muchachas le vació las sobras de otro plato de guisado sobre su mole, diciendo: Súplate ese bocadito que te dejó tu Diablo, causandó esa grosera ocurrencia una risa general en las demás malcriadas que se perecían de gusto. Ella, al ver tal grosería, un instante se le coloreó su pálido rostro, retiró el plato sin pronunciar una palabra, me miró con ojos tiernos, se le rodó una lágrima, y agachando la cabeza se quedó inmóvil; aquella furtiva lágrima me llegó al corazón, hubiera dado cuanto me pidieran por recogerla al aire: sentía que las orejas me ardían, y para disimular mi cólera, imité con risa sardónica las risotadas de los demás, aprovechando un instante la distracción de su vecina, le puse mi plato, y cubrí el suyo con otro sucio; comprendió mi objeto y como si tal cosa hubiera pasado, se puso á comer, dándome las gracias con una ligera sonrisa y una mirada complaciente, sintiendo yo á cada instante crecer mi amor y causarme aquella joven un vivo interés que no hallaba á qué atribuirlo, pues pasaba de los límites de compasión: por fin concluyó el almuerzo, y queriendo echarla de galanteador, tomé un ramillete, lo desbaraté, aparté en presencia de ella un clavel disciplinado, y con las demás rosas fuí tomándome la libertad de adornar á las señoras: le puse á la D<sup>a</sup> Rufina tamaña dalia encarnada recargada en

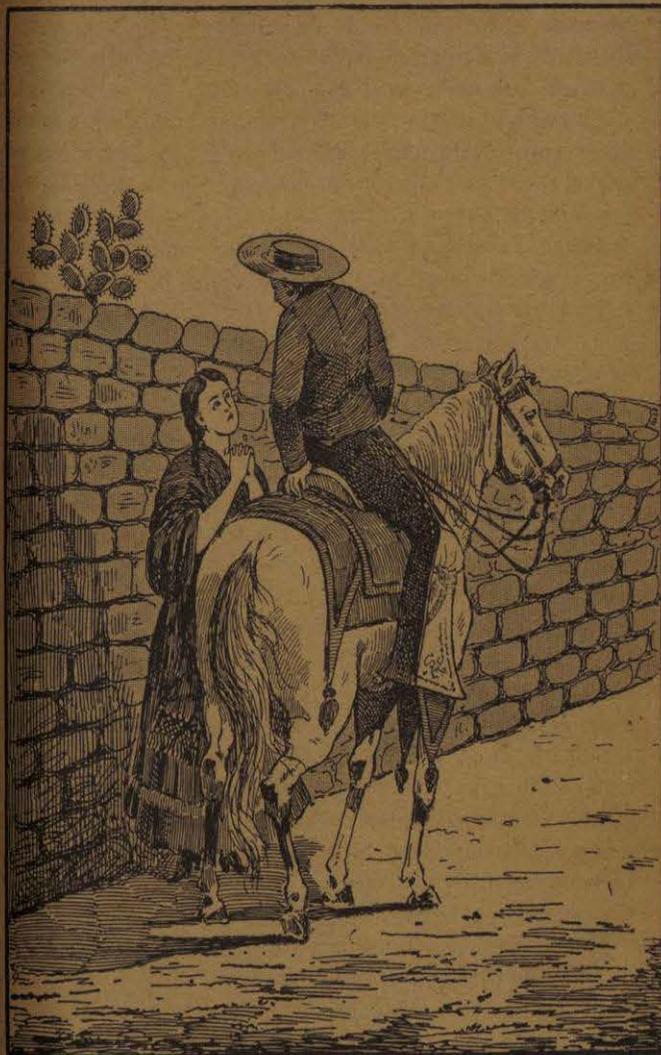
el centro de su grandísima peineta de tres potencias, y al retirarme me dijo amorosamente apretándome un brazo y volteando los ojos en blanco : ¡Qué fino es vd., Pepito! Seguí poniendo á las demás su flor á cada una, y al llegar á mi predilecta, le acomodé en el nacimiento de una de sus prolongadas y hermosas trenzas el clavel que me vió apartar : mientras que yo estaba lleno de frenesí admirando su limpio y fino cabello colocándosele, ella con mucho disimulo me puso otro igual en el último ojal de mi chaqueta, lo recogí al instante con precaución, lo arrimé á mi boca y me lo coloqué en un ojal del chaleco; ella se quitó el que le puse, lo besó y se lo prendió en el pecho sobre la cascada. En un abrir y cerrar de ojos nos comprendimos; yo la amaba con delirio y ella no se mostraba indiferente á mi pasión : había hecho más callando, que otros hablando.

Después de almorzar daría principio el coleadero en un prolongado carril inmediato á la hacienda, el ganado tenía determinado su lugar y en el centro del corredero se había puesto un tablado para las señoras y gentes de paz. Yo fuí el que primero estaba listo, saqué estirando mi caballo, y al ver muchas piedras sueltas en el carril, llamé á un sirviente antiguo de la hacienda diciéndole : Oiga, tío Marcelino, ayúdeme tantito á descombrar este sitio, no vaya á ser que nos demos un tropezón con tanta piedra que se ha desprendido de las cercas. — Con mucho gusto, señor, me respondió, y ambos empezamos á juntarlas de uno y otro lado : cuando estábamos en esta faena vi que venían todas las señoras armando bulla : y le pregunté : ¿ Quiénes son todas esas chachalacas, tío Marcelino : vd. debe de conocerlas? — Voy á decirle en un instante : la del verde tan presumida que parece un pavo copetón, es la esposa del amo ; las del morado, azul y la otra verde charríta, son sus hijas ; las dos de blanco y la del amarillo, son la esposa de D. Luciano y sus cuñadas y el resto de ellas, son del pueblo que han venido á la función, — ¿ Y aquella otra pálida güerita, quién es? — ¡ Ay, señor amo! exclamó echando un suspiro, ésa, es, *la loca*. — La loca, repetí con espanto. — Sí, señor D. Pepe, *la loca*. — Pero yo no le advierto síntomas de locura, mas bien creo que algún otro mal padece y por eso

está tan aniquilada. — Así parece, pero no hay duda que está loca, los médicos lo han confirmado y nadie le quita de la cabeza esas malditas ideas de que se la lleva el diablo, que habla con él y quién sabe cuántos más disparates. — Pues, tío Marcelino, hablemos claro, no sé qué tiene esa niña que me encanta, mi corazón me dice que todo tendrá, menos la falta de juicio ; yo soy el que estoy loco por ella, no sé qué misterio se encierra en esto, quiero penetrarlo, me intereso por su bien y la amo con delirio. — ¿ De veras, D. Pepe, no me engaña vd.? — Se lo hablo como lo siento, tío Marcelino, resérvese mi confesión ; y si acaso es que esa pobre criatura le merece algún aprecio, ayúdeme á descubrir ese enredo, á ver si podemos remediar su situación. — Con mil amores, D. Pepe, figúrese que la vi nacer, que la quiero como á mi hija, y ahora que se ofrece lo digo, yo creo lo mismo que vd. que no está de remate, y acá para mis adentros se me figura que esa vieja maldecida la está matando á pausas, que le ha dado algún bebedizo que la está consumiendo ; y como ella, mi amita, la niña Clarita que hoy se celebra, es la única dueña de esta hacienda y otros intereses en la ciudad, quieren quitarla de en medio para que sus propias hijas queden bien puestas ; esa mujer es el mismo Lucifer, fué la pilmama, enredó el trompo con el amo, la madre murió y le da una vida á la pobre niña de toditos los diablos ; es la mofa y el escarnio de todo el mundo, todos la malmiran ; la aborrecen y ya ve vd. en el estado en que la tienen : si mi difuntito amo resucitara y la viera en esas trazas sirviendo de juguete á tanta sabandija, se volvería á morir de berrinche ó de pesar : mirela ya rodeada de esa canalla, estrujándola y queriéndole quitar lo que ella ocultaba en el pecho ; si no se los da por la buena, son capaces hasta de lastimarla. Volteé la cara y efectivamente vi á la infeliz haciendo mil esfuerzos por defender el clavel que yo le dí, con los brazos apretados sufriendo empellones para distintos lados, le eché un brinco á mi caballo y dije : Silencio, tío Marcelino, ahí hablabamos á solas, cuento con vd. Y destapé queriendo dar de caballazos á todas aquellas muchachas malcriadas : al llegar me contuve, y advirtiéndome que ya traían los toros para el apartadero, les grité con toda la fuerza de mis pulmones : ¡ Qui-

tense, niñas, que ahí viene el ganado! Todas corrieron azoradas alzándose los tunicos y dando de gritos para subirse al tablado abandonando á su presa, la que no tuvo tiempo más que para repegarse á la cerca temblando de susto, me le acerqué á cubrirla con el caballo ínter pasaban los animales, y mirándome con una cara muy consternada abrió los brazos, me enseñó el clavel y me dijo con voz quejosa: *¡Me lo querían quitar esas infames!* Luego lo cubrió con el rebozo y en tono resuelto exclamó: *Primero me quitarían la vida.* Juntó sus dos manos y con ademán suplicante prosiguió: *¡Por el amor de Dios, D. Pepe, que me socorra, vd. será mi ángel salvador, no me abandone!* y se le llenaron los ojos de agua. — Nunca, Clarita de mi alma, le contesté, cuente conmigo, mi corazón y vida le pertenecen, ahí hablaremos, disimule, no demos en qué sospechar, váyase al tablado, y confie en Dios. Todo esto ocurrió en el corto tiempo que dilató el ganado en pasar por enfrente de nosotros; la fuí cubriendo con el caballo para el lado de enfrente hasta la puerta de golpe que entraba para el potrero, sin que ninguno viera ni escuchara lo que hablamos: encontré á tío Marcelino y le dije: Tenga mi belduque, tío, váyase á cuidarme esa niña, y si alguna persona la ultraja, métaselo hasta las cachas, mas que nos lleve sataná. Ella oyó algo y con mucho disimulo me hizo seña de que no hiciera tal cosa; entonces, mudando de tono, al ver que se acercaban otros de á caballo, le dije: Guárdemelo en unión de mi jorongo y mi reata, no lo vaya yo á perder en las carreras. Con este hecho cubrí las apariencias, pues no había notado que las del tablado tenían fija la atención en mí y por si acaso se maliciaron algo, bastante recio dije mis últimas palabras para que llegaran á sus oídos, al entregarle todo al viejo Marcelino.

Se nombraron cuadrillas de á tres jinetes, hicieron lienzo los de á caballo para que las reses tomaran el carril derecho y comenzó el traveso, echándoles tres toros á cada cuadrilla uno á uno. En la primera fué el amo, el subprefecto y otro de los convidados del pueblo, en la segunda me tocaba mi turno con un catrincillo huizachero del juzgado, muy fachosito, y otro por el estilo sobrino del vicario, y las demás se formaron con el resto de los concurrentes, no entrando en esta diversión el



El diablo y la loca.

juéz de letras, el cura y otros señores. Luego que subió Clara, siguieron las otras á la carga y la fueron acosando tanto, que tuvo que irse á sentar en las tablas, entre las sillas del cura y D<sup>a</sup> Rufina; hasta allí siguieron molestándola con tal necesidad, que la vieja se impacientó y le dió un manazo á una de ellas, diciendo: Caramba, niña, cómo molestan á esta pobre criatura. — Pues que nos dé ese clavel que dice que le dió el Diablo, replicó otra.

— ¿Por qué se los ha de dar si es suyo? déjenla con su idea, no sean pesadas. — ¿Qué sigue con su extravío? preguntó el cura. — Sí, señor, cada día se va poniendo de remate, eso me aflige demasiado, me está acabando la vida, y como tengo un corazón tan sensible y la quiero tanto, no tengo un instante de gusto, ahora verá vd. — ¿Mira, niña, le dijo tocándola con el pie, que te dió algún clavel tu Diablo? Ella alzó la cara, se descubrió el pecho y respondió con semblante alegre: Este. Lo besó con fuego y lo volvió á tapar. — ¿Qué quieres mucho á tu Diablo cortejador? — Mucho, mucho, mucho, y siguió repitiéndolo continuamente. — ¿Tendrás muchos diablos que te persigan? — Así, así, así, y meneaba juntos los dedos de las dos manos, con tenacidad. — ¡Pobre niña! exclamó el cura, ¿y no tiene otras ideas? — No, señor, pues hablándole de otra cosa nada comprende, es un zoquete, una bestia enjalmable, me parte el alma y no me he podido resolver á que se la lleven á un hospital. Como yo la crié, la aprecie como á mis hijas propias, con quienes da taba todos los días y me las tiene entretenidas, aunque mucho me temo que un día se le cargue la locura y me les dé una agarrada; ya tiene algún tiempo de estar mansita, pero antes era furiosa, temible, hasta á mí se me arrojó con un palo y me hizo una rotura de cabeza; por eso siempre ando regañando á mis hijas para que no la toreen, y la dejen por la paz. Yo no perdí una sílaba de todo, y más y más crecía mi odio contra aquella vieja coquetona y embustera.

Los de la primera cuadrilla quedaron de los perros, dos toros se les fueron limpios y otro se les embraveció á media carrera, sin haberle tentado la cola. Me tocó mi turno, y entusiasmado por quedar bien á presencia de mi adorada, ayudado de mi

regular caballo, les di cinco caídas á los tres toros, mientras que mis compañeros me seguían de lejos abriendo la boca y apurando sus charchinas con pies y manos; al volverme para el grupo de los de á caballo, estando frente al tablado, alcé la vista para ver á Clarita, la vieja creyó que á ella le dirigía mi mirada, y llena de entusiasmo me gritaba: Muy bien, Pepito, muy bien. Palmoteaba frenética, obligando á las demás á que la imitaran; y dando un puntapié á Clarita le decía: Aplaude, mujer, aplaude. Ella alzó los hombros para arriba para darle á entender que no quería, medio descubrió el clavel, lo besó violentamente, me sonrió llena de placer y se quedó volteando la cara para otro lado muy indiferente. — Ya ve vd., señor cura, lo que le dije, ni las muestras de regocijo comprende, es una verdadera idiota, que come, bebe y anda porque Dios es grande, deseos tengo de verla contenta un instante, de oirla reír, parece de palo, es como la papa, nada le cala. — ¡Qué lástima! volvió á exclamar el cura, en fin vale más que el Diablo la agasaje y esté quieta, que no que se la quiera llevar y la haga derramar lágrimas. — Sí, señor cura, por eso le fomento yo esas ideas de paz. — Escucha, Clara, á tu Diablo galante quíerelo mucho, eh, ya ves que te regala flores y es necesario que no seas ingrata, correspóndele su amor, ¿me entiendes? — Sí, sí, sí, sí, repitió muchas veces con gusto meneando la cabeza al mismo tiempo de arriba abajo; yo escuchaba todo y decía entre mí: Atiza, vieja indina, atiza, que no dilataré en darte las gracias ó pegarte una punta de patadas, persuadiéndome cada vez más, de que no carecerían de fundamento las sospechas de tío Marcelino. Compadecido de aquella pobre criatura, crecía mi odio contra la chicharra, y cierto presentimiento me decía, que no había en Clarita nada de demencia: era muy viva, tenía buena comprensión y bien estudiado su papel; ya no dudaba de que era una víctima sacrificada á la vil codicia, resonando en mis oídos á cada instante sus palabras: « *vd. será mi ángel salvador, no me abandone* », y no podía borrar de mi fantasía sus maneras suplicantes y las lágrimas que asomaron á sus apacibles ojos. Por fin, á las tres se suspendió el coleadero, tanto por la fuerza del sol que molestaba, como porque se hizo hora de comer, le dí mi caballo y espuelas á tío Marcelino y

me dirigí para el tablado con otros compañeros que luego trataron de dar el brazo á las niñas, tocándome la renegada de llevar á la vieja que fué la última en bajar, consolándome mucho al ver que la seguía Clarita. Le ofrecí el brazo á la cáncama y esperé á la loca; cuando estuvo cerca le dije: Aquí hay lugar, niña, arrímese vd., y le presenté mi brazo derecho que era el desocupado, ella se quedó parada sin darse por entendida. — ¿Qué no oyes, le dijo D<sup>a</sup> Rufina, no seas grosera, agárrate del señor? Tampoco hizo caso. ¿Agárrate, mujer, yo te lo mando? Jesús, Jesús, qué imbécil Y á fuerza le tomó la mano y la puso dentro de mi brazo llena de cólera. — No la maltrate vd., le dije, tal vez no le gusta, para que ha de ir mortificada, que se vaya sola y no haga vd. cólera. — No, D. Pepe, le he de quebrar la voluntad, y que no sea caprichosa, ha de hacer lo que yo le mande; además de que conviene que vaya con nosotros porque no nos vean solos; tengo que decirle cuatro palabras y es necesario aprovechar el tiempo, por eso me he quedado atrás y estaba tamañita de que mi plan viniera á tierra. Colocó bien su mano Clarita abarcando mi brazo, y me hizo sentir el movimiento de sus dedos como por preventiva; yo correspondí á su insinuación apretando mi brazo con su mano contra mi cuerpo, y echamos á andar. — ¡Ay, D. Pepe! exclamó D<sup>a</sup> Rufina, colgándose de mi brazo izquierdo, ha quedado vd. como ninguno, merece su medio de carita, cada caída que daba, cada aplauso que le hacían, me electrizaba, no hallaba cómo demostrar mi júbilo, porque como aprecio á vd. los recibía como á mí: tengo un corazón tan sensible, soy tan extremosa cuando me dedico á querer á alguna persona que me simpatiza, que no está en mi mano poderme contener; yo no sé qué tiene vd., Pepito, que me ha cautivado, que... Y exhaló un suspiro, se cargó más en mi brazo y quiso descansar su asquerosa cabeza sobre mi hombro; pero olvidándose de su hermosa cornamenta, por poco se rompe una potencia contra el ala de mi sombrero, que á no ser dura me lo rompe de la embestida. — Señora, le contesté, silencio; haciéndole con los ojos seña para la derecha, hay culebra en el charco. — No tenga vd. cuidado, es una bestia, podemos hablar con libertad, está loca. — Sin embargo, creo que será prudente. — Para tranquilizar á vd. le diré que

sólo tiene una idea fija y de ahí nadie la saca, ahora por ejemplo, está muy enamorada de una flor que se ha imaginado que le dió su Diablo, un ser cualquiera que se supone. — ¿Conque le da por enamorarse? — Por mil extravagancias, si cada día se va poniendo más rematada, ya no hallo cómo salir de semejante engorro, me quema la sangre, me fastidia, el día menos pensado la encajo en una casa de locas; ya no la puedo aguantar, ha sido causa de mil disgustos, la odio de muerte, á vd. se lo comunico porque merece mi confianza. En cada palabra me daba Clarita un toquecito de dedos. — Conque déjese vd. de temores y hablemos de lo que nos interesa. — Puede vd. decir lo que guste, pero los locos y los niños dicen las verdades. — Voy á convencer á vd. de una vez. Se soltó de mi brazo y le preguntó á Clarita parándosele enfrente: ¿Quién te dió ese clavel? — Mi diablo. — ¿Pero dónde está ese Diablo? — Aquí, y señalando la frente con la mano derecha mientras con la izquierda me apretó mi brazo fuertemente. — ¿Es hombre, bestia, ó cómo te lo figuras? — Es mi Angel, así se lo he dicho y le he pedido que no me abandone. — ¿Y qué te respondió? — «Nunca, Clarita de mi alma, mi corazón y mi vida te pertenecen.» — ¿Por eso estás tan empeñosa en conservar su regalo? — Sí y á cada instante lo beso para que conozca que también lo amo. — ¿De cuándo acá te ha dado por quererlo? — Desde que vi que no le era yo indiferente y le causé lástima. — ¿Y se te declaró luego luego tu más apasionado amante? — Sí, luego en sus miradas leía yo lo que quería darme á entender, y me nació de corazón quererlo. — Pues quiérello mucho, yo te lo permito, descúbrelle tus penas, entrégale tu corazón y fomenta tus ilusiones, yo te doy el parabién y me alegraré que te haga feliz. — Gracias, Rufina, ya veo que no me quieres mal, déjame con mis ideas y haz lo que te parezca. — ¿Qué cosa le estaba yo diciendo á este señor? — No sé, no me importa, yo no más pienso en mi Angel. — Ya ve vd. D. Pepe, ya cambió, ahora ya no es Diablo, es Angel. — Sí, sí, aquí están los dos, mi Angel y mi verdadero Diablo, y repitió sus señas. — Qué tal, ya son dos los que ocupan su fantasía y dentro de poco aumentará el número. — Aumentarán los Diablos, replicó ella, no dilato en verlos; pero mi Angel vale por todos; y

ahora sí los desprecio, los abomino, los... Ya no le hablemos de eso, ya empezó á cargar el juicio y ahora es capaz de suponerse en el infierno. — Sí en el infierno, en el infierno mientras mi Angel no me lleve á la gloria.

— Dejémosla disparatar y volvamos al asunto: como le dije á vd. no soy dueña de mí misma, lo que por vd. sentí al verlo tan obsequioso y caballero, no lo sabré explicar; pero vd. como hombre de capacidad conocerá mi tormento, soy muy impresionable y sin que entienda que soy una descocada, una mujer sin vergüenza, le confieso mi delito, Pepito; siento al estar á su lado yo no sé qué cosa, no me cabe el corazón en el pecho y la verdad yo lo... Y me tiró otra cornada más furiosa que la anterior, echándole una rayada á la falda de mi sombrero, mientras Clarita me repicaba los dedos, riéndose á solas de la declaración, tan fuera de tiempo, de la vieja, repitiendo: ¡El infierno, el infierno, los Diablos! Yo quise llevar adelante la broma, y le contesté: Señorita, y apreté mi brazo con la mano de Clarita. — Yo también desde el instante que la vi, sentí cierta emoción; que no sé cómo explicarla; me dirijo á la amante solamente, y apreté mi brazo de firme, le estimo mucho que con tanta franqueza me haya declarado que me ama, y debe estar en la inteligencia de que vive correspondida. Al sentir junto á mi cuerpo el calor de su mano, me electrizo, siento un fuego que circula por mis venas, me embriaga, me encanta, tampoco soy dueño de mis acciones y yo no sé lo que por mí pasa; estoy loco, loco de amor y permítame que la estreche contra mí... Alcé mi codo derecho, Clara comprendió mi objeto, acercó su cabeza y la apreté contra mi costado lleno de placer al tiempo que, escorzando el brazo izquierdo, le dí garrote al de D<sup>a</sup> Rufina, que siendo casi sólo la canilla me pareció apretar un palo. No pudo su corazón resistir á la emoción, puso unos ojos de borrego y tiró el tercer tope, tan fuerte, que me aventó el sombrero, se le despuntó una asta y tronaron dos ó tres dientes de la peñeta; á no ser porque el lance era comprometido suelto una carcajada al ver las contorsiones de la vieja que me decía echándoseme encima: ¡Ay! ¡ay! Pepito, ¡me precipitas! ¡Jesús, no sé lo que me da! siento un bochorno, que... y acabó de descansar su cabeza contra mí, que al per-

cibir la pestilencia de ella, se me revolvió el estómago y volteaba la cara para mi derecha, diciendo: — Prudencia, señora, prudencia; parecemos los tres locos y locos de atar, déjeme alzar mi sombrero. Y con este pretexto me la quité de encima desprendiéndome de las dos. Tomé el sombrero, y con semblante serio le dije: ¿Ya escuchó, señora, cuál ha sido mi respuesta á la amante que adoro? ¿sólo a ella, á mi amada? Pero ahora debo de hablar con la misma franqueza á la mujer casada. Es una majadería creer que yo pueda jamás abrigar en mi pecho una pasión criminal, nunca atropellaré los derechos de un marido, ni menos corresponderé á la locura de una casada, que por torpeza se atreve á declararme que me ama, porque si eso fuera verdad, no trataría de arrastrarme consigo á los infiernos. — ¿Pero cómo el corazón es tan caprichoso, D. Pepe? me contestó, somos las pobres mujeres tan frágiles, ya ve vd. el amor se va á donde quiere, no á donde lo envían. — Es verdad, señora, así dicen y en mí lo siento, mi corazón es el capricho andando; pero también la voluntad le va á la rienda, contengo sus caprichos quedando mis sentidos expeditos, veo á quién, cómo y de qué manera me dirijo, mi amor es puro y santo y no estoy tan ciego que no sepa distinguir las cosas, ¿comprende vd., señora? no puedo hablar más claro, ser más franco. — ¡Ah! sí, me respondió echando un suspiro, ¡maldita la hora en que me casé! En un acceso de mi sensibilidad olvidé que traigo arrastrando una cadena, ¡gracias, D. Pepe, por sus consejos tan á tiempo! perdone mi desvarío; pero estoy conforme con saber que no es indiferente á mis sentimientos, prométame que con el tiempo se llegarán á entender nuestros corazones, y mientras, no me desprecie. — Le prometo á vd., señora, que no ha de dilatar mucho en que nos conozcamos bien, y que nos queramos tanto, cuanto lo exijan las circunstancias de cada cual, y sus hechos; obras son amores y no buenas razones. — Con esto me contento, Pepito, soy feliz, y no pierdo la esperanza de...

## CAPÍTULO IX

El secreto. — Celos. — Guerra á muerte. — La ganancia. — Los fingimientos. — El medio muerto. — El casamiento. — El Dedo de Dios.

En esto llegamos á la hacienda, la vieja se metió para la sala á saludar á otras nuevas visitas dándome un apretón en el brazo en señal de cariño, meneándose al andar con la cornadura gacha: Clarita me dijo al soltar mi brazo: Brínquese por el corral de los bueyes para el jardín, allí lo espero, luego luego, y partió. Á los cuatro minutos estábamos ocultos debajo de un emparrado, se me hincó repitiendo sus palabras, diciéndome: — Por el amor de Dios, D. Pepe, que me socorra, que me saque de las garras de estas fieras que me están devorando. La levanté, y estrechándola contra mi seno, me lo humedeció con sus lágrimas y prosiguió: — Hace muchos años, toda mi vida, que soy la víctima de Rufina, de mi pilmama; quiero hacer á vd. depositario de un gran secreto, de que ha dependido mi existencia, he tenido pendiente la vida de un hilo: hoy la Providencia te me envía., Dios ha escuchado mis fervientes oraciones, y condóldose de mi amarga situación: vd. me salvará, mi corazón me lo anuncia, llegará el día de la justicia, esos viles criminales no se saldrán con la suya, y su infame delito no quedará impune! Todos me tienen por loca, yo los mantengo en ese error, sólo así he podido conseguir algún descanso, á pesar de que en tan triste papel sirvo de diversión al mundo entero, soy la mofa, el escarnio, y por decirlo de una vez, el juguete de mis mismos enemigos. ¡Ese vil de mi padrastro, esa arpía de Rufina, ávidos de codicia, son ante mis ojos los entes más despreciables: todo lo sabrá, yo le contaré despacio sus infamias y le repito que por el amor de Dios no